

Susan Perretti  
Estados Unidos

Por Marcelo

*En noviembre de 2008, Marcelo Lucero (originario de Gualaceo, Ecuador) fue asesinado viciosamente por siete jóvenes estadounidenses en Patchogue, NY, lugar donde Marcelo había vivido y trabajado por muchos años.*

Más de un año después, aún pienso en aquella noche fresca de noviembre cuando, a poco más de un kilómetro de la piscina municipal donde mis dos hijos aprendieron a nadar, a unas cuadas de donde fueron a la escuela, siete hombres jóvenes rodearon a un inmigrante ecuatoriano en un callejón negro oscuro, y cuando me imagino la escena, ellos lo están toreando, empujando, maldiciendo, riéndose y entonces, después de que la víctima trata de defenderse quitándose el cinturón y dando correazos, uno de los atacantes le entierra un cuchillo en su pecho y lo dejan allí a morir, su sangre derramándose sobre la calle.

Quién sabe qué habrá pensado en esos momentos finales mientras estaba tirado, solo, con dolor, la vida dejándolo. La policía dijo que arrastró su cuerpo unos 30 metros antes de que parara su corazón. Las manchas de sangre mostraban el camino. ¿Es que pensó en su madre, Rosario, tan lejos en Ecuador, lugar dónde él había jugado cuando niño y que luego cuando hombre dejaría para venir a Estados Unidos, llegar a la Villa de Patchogue, en la costa sur de Long Island, a vivir y trabajar para ganar dinero para mandar a su familia en su tierra? Y antes de eso, cuando los asaltantes aún estaban sobre él, una manada de lobos devorándose una sola oveja, ¿es que pensó en ella entonces? ¿Es que rezó en silencio por un milagro, para que alguien llegara a tiempo para salvarlo, para espantar a los malhechores, para llamar a la policía, sostener su cuerpo fornido en sus brazos y decirle suavemente, “No hables ahora, ya viene ayuda”, tal vez acariciar su frente como lo haría una madre, o llorar con él porque algo así pasó, allí en medio del suburbio de Patchogue, un sábado en la noche, la gente cenando y riendo y bailando muy cerca en los restaurantes y bares de Main Street?

Cuando me acuesto en las noches, a veces me imagino que yo soy esa persona. Me veo manejando por el callejón en mi Toyota. Paro el carro y brillo mis luces sobre la escena, mi mano sobre el claxón, las caras de los atacantes todas volteadas hacia mí. No hay tiempo para hacer la llamada. Grito, lo más fuerte que puedo, “¡Aléjense! ¡Déjenlo!” En cualquier otro momento, habrían parecido niños de verdad, el menor tan sólo de 16 años. Los habría pasado en la calle sin siquiera notarlos. Pero en mis imaginares, falta la humanidad en sus ojos, la crueldad los ha hecho algo salvaje, salvaje y más viejos que sus años, como soldados que ya han oído la muerte por demasiado tiempo. Por un minuto, me preocupa que ellos vendrán tras de mí, pero en mi fantasía las luces y el claxón y mis gritos finalmente los esparce, y el que sostiene a Marcelo retira su cuchillo, gruñe y escupe antes de perderse en la oscuridad. Entonces es cuando llamo a 911. Está seguro ahora. Salto fuera y tomo a Marcelo en mis brazos; está débil y maltratado y hay sangre por doquier, pero él va a estar bien. Le digo esto, sin saber si entiende inglés, pero su voz es pequeña y dice gracias, e inclusive ahora, aún sabiendo que es un sueño comienzo a

llorar, a temblar, el encuentro con la violencia cobrando su dominio sobre mí como siempre sucede. Si sólo pudiera haber estado allí, tal vez habría podido salvar a Marcelo.

La noche en que murió Marcelo, Chuck y yo estábamos mero en la Villa, a un caminar corto de donde ocurrió el asesinato. Era la noche de “la fiesta anual para la paz” de nuestro amigo músico, Jack, y este año, Jack tenía a chicos de una preparatoria local quienes habían traído los tambores que ellos mismos habían construido en la Iglesia Congregacional de Main Street, así que empezáramos la noche con un círculo gigante de tambores tocando. Jack nos estaba guiando desde el altar donde él estaba sentado, curvado sobre su gran tambor africano, palmeando el ritmo e invitándonos a unirnos. Yo tenía mi tambor chiquito, el que me había regalado Chuck una Navidad, y estaba dándole duro, tratando de estar al par. Después de un tiempo, todos los tambores empezaron a sonar como uno solo y fue como si nos hubiésemos unido todos para convertirnos en un gran corazón, y la capilla entera vibraba.

Cuando vi el artículo de periódico al día siguiente, me quedé fija en la foto de Marcelo, la foto que gente por todo el país vería una y otra vez en los días y semanas a seguir—la foto donde está él portando su gorra de béisbol color crema, pareciendo mucho menor que sus 38 años, inclusive como un chiquillo. Está sonriendo, su cara es bien parecida y gentil, sus hombros anchos, algún tipo de cadena—tal vez un crucifijo—cuelga de su cuello. Conforme leía la historia, mi estómago se revolvía y tuve que dejar de leer.

—Ay, Dios mío —dije, y Chuck se me acercó y terminamos leyendo juntos—. Sólo a unas cuadas de donde habíamos estado —le continuaba diciendo a Chuck. No podía sacarme ese pensar de mi mente.

El día siguiente, en la primera plana del periódico, había una foto de la mamá de Marcelo, Rosario, una mujer pequeña y sencilla, y la pena la hacía ver más pequeña aún, a quien sostenían otros de su pueblo de Gualaceo, lugar donde Marcelo y sus hermanos y hermanas habían corrido por calles empedradas, pateando una pelota, quizás, o simplemente correteándose el uno al otro, como suelen hacer los niños de esa edad. Y bajo su foto estaban sus palabras: “¡Somos seres humanos!”

El siguiente viernes, Chuck y yo caminamos en la lluvia brumosa, moviéndonos entre los centenares de personas que habían salido para la vigilia esa noche cerca del lugar donde había muerto Marcelo. A lo lejos, podía ver el altar que la gente había creado, flores y mensajes y rosarios, y un retrato pintado de Marcelo recargado sobre el escenario improvisado. Chuck había olvidado algo en el carro y entonces estaba yo parada sola, teniendo problemas con mi vela, tratando de prenderla, sintiéndome muy consciente de mí misma y preguntándome si esta gente mayormente latina me quería allí, una mujer anglo. Una joven latina que me había estado mirando se me acercó con su vela encendida y me ayudó a prender la mía.

—Gracias —le dije y ella sonrió.

Muchas personas alzaban letreros, mayormente en español. Una niña pequeña sostenía un letrero que leía, “Todos somos uno”. Joselo, el hermano de Marcelo, había pasado al micrófono. Nos pedía que pusiéramos a un lado nuestro odio y estuviéramos seguros de que la muerte de Marcelo no había sido en vano, que despertaría a la gente a la erupción de crímenes de odio contra latinos en Long Island.

Cuando Joselo terminó, porras y aplausos y después un canto en español brotó espontáneamente. Yo anhelaba unirlos a ellos, pero el poco español que recordaba de la universidad no era suficiente, así que alcé mi vela a lo alto, una larga y con la foto de una paloma, sus alas abiertas ampliamente y llamas de color rojo-sangre saliendo de un fuego emanando de su cuerpo blanco-puro, en todas direcciones, y debajo las palabras, “Espíritu Santo”. La había tomado cuando salimos de la casa esa noche. Por alguna razón me recordó de El Santuario—era el tipo de vela antigua que se encontraba allí. Y mientras conducíamos a Patchogue, pensaba yo en El Santuario y en los mexicanos rezando en la capilla, y la risa de los niños metiendo sus pies en el pequeño arroyo que corría por el altar, y como cuando justo antes de irnos de Chimayo aquel día, me quité mis sandalias polvorientas y me senté a un lado de ellas, con los otros peregrinos, metiendo mis pies al agua clara, fresca, un bienvenido alivio dado el calor del sol de mediodía de Nuevo México. Había pies cafés, pies blancos, negros, viejos y jóvenes, como las piedras a lo largo de la playa de la costa norte cerca de nuestra casa, de muchos colores y cada una diferente, pero juntas aún más bellas, brillando donde el sol las toca justo bajo la superficie.

Rodeada de tantos en la calle poco iluminada cerca del lugar donde mataron a Marcelo, alcé mi vela lo más alto que pude, y no me sentía rara o tímida ya. Sentí el poder de la gente reunida allí, haciendo un llamado con lo que empezaba a sonar como una sóla voz, como un sólo latido de corazón de un círculo de tambores, llamando por la paz, llamando por la libertad de caminar las calles sin miedo, un llamado a sus hijos, un llamado por Marcelo.